

EL ACTO HEROICO

El pueblo entero se fundió en las sombras.

Una suave neblina envolvió con su esponjoso manto todo el caserío, de manera que apenas se adivinaban las torretas de las murallas desde el castillo, a no ser por el resplandor fugaz de las antorchas que brillaban espectrales aumentando así la sensación tenebrosa que infundían niebla y noche, entre las que se movían las sombras que vigilaban desde el camino de ronda.

Un susurro inquietante llegaba desde el otro lado de los fuertes muros. Apostado a las puertas de la villa veinte días atrás, y a tiro de piedra, el real; rodeado de fuerte coraza de soldados leoneses tan inquietos como los caballos que, entre las sombras, pataleaban como lo habían hecho desde que llegaron a las proximidades de la villa para tomarla por la fuerza de las armas. Se escuchaban fantasmales las voces en medio de la niebla. Voces que iban apagándose conforme la guardia leonesa se iba relevando, apostando nuevos hombres junto a los viejos portones que se cerraron cuando desde la altiva torre del homenaje avistaron la polvareda que levantaba la mesnada guerrera del rey de León.

El pueblo estaba aquella noche en pie, como haciendo caso a una vigilia impuesta por los arrieros, ya que era un buen número la cuadrilla que antes de despuntar el alba, iniciaría el camino.

Solo los niños dormían, pues dentro de las murallas, amparados en las sombras de la noche y en el algodón del clima, familias enteras comenzaban a apostarse junto a las puertas, bien pertrechados de gruesos capotes, pues intenso era el frío de la amanecida y mucha la humedad.

Habíase reunido el Concejo en el castillo, y cuando todos estuvieron dispuestos, a lomos de robustas mulas cargadas unas con ciento y un aparejo; las otras con útiles de toda clase que forjados en las fraguas de la villa servirían para el cultivo en lejanos campos. No faltaban las que portaban buenas cargas de sal, finos lienzos o bastos paños que los tejedores atencinos preparasen, y las que no llevaban su carga cumplida acogieron sobre sus lomos a jóvenes jinetes hasta un número próximo a los sesenta.

Con las telarañas del sueño, convenientemente abrigado para soportar aquellos fríos, fue entregado el joven rey de Castilla a uno de aquellos arrieros, arrebujado en su capote, tomó al pequeño Alfonso entre sus brazos, amparándole bajo su capa cual si de su propio hijo se tratara.

Se hicieron promesas y rogativas, encomendó el Abad al Creador a cuantos se disponían a partir y, tras recibir su bendición y la de los presentes, a caballo